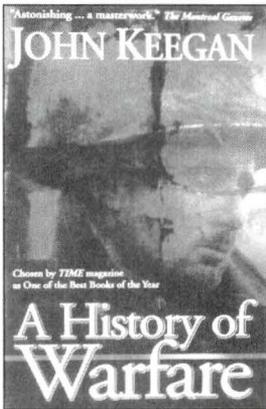


LA ÚLTIMA INCOMPRESIÓN DE CLAUSEWITZ

(SEGUNDA PARTE)

Claudio Collados Núñez *



Tercer elemento de la Cultura Guerrera: El Hierro.

Después de la piedra y el caballo, surge el hierro como esencia del arte de la guerra, que había sido privilegio de unas pocas minorías prevalecientes hasta la Edad de Bronce.

Alrededor de 1200 a.C., surge la artesanía de hierro en la Anatolia y luego se extiende al ejército sirio y al egipcio; también hay armas de hierro, especialmente espadas, en el centro de Europa, entre los pueblos celtas.

Las sucesivas invasiones sobre Grecia dejan finalmente dominantes a los dorios, cuya cultura era altamente militarista y privilegiaba la adhesión del hombre al Estado antes que a su familia, quedando los no militares en una posición social secundaria. Un ejemplo claro de esta cultura es Esparta, que desarrolló el arte de hacer la guerra terrestre; Atenas, en cambio, orientó su desarrollo hacia el mar y desarrolló preferente-

mente el arte de la guerra naval. El desarrollo del hierro permitió otro estilo de hacer la guerra: la lucha cuerpo a cuerpo, a diferencia de la lucha a distancia, de la flecha y la lanza. De aquí surgió uno de los más importantes aportes griegos al arte de la guerra: la batalla campal o encuentro decisivo. Se piensa que el corto tiempo que disponían los agricultores para combatir, habría hecho necesaria esta variante; así nace la falange.

El autor elabora una compleja teoría para explicar por qué las falanges griegas no explotaban su éxito en combate persiguiendo al enemigo y así alcanzar una victoria completa, que es la decisión propiciada por Clausewitz. Entiende que la falange, siendo una unidad de iguales, cumplía su papel codo a codo, hasta desbaratar al adversario; logrado lo anterior, ya no era conveniente seguir luchando en forma dispersa -por no ser tan democrático- ni era conveniente por el riesgo de perder. Por otra parte, el objetivo de la guerra en Grecia era más bien alinear otras ciudades a una Liga y no buscar su completa dominación.²²

La historia cambió cuando Esparta quiso dominar el sistema democrático ateniense; paralelamente surgió la amenaza persa, que fue derrotada por Atenas en Maratón. La segunda invasión persa tuvo

* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magno Colaborador, desde 1982.

22 La fuerza táctica de la falange residía en su doble capacidad ofensiva/defensiva, que aseguraba la victoria sin necesidad de recurrir a una riesgosa persecución de las diezmadas tropas enemigas; nada de ello se aparta de las concepciones de Clausewitz que considera a la táctica como el campo de acción de la fuerza de combate, cuyo fin es la victoria, tras la destrucción física que abate la moral de la fuerza enemiga. Por otra parte, la obsesión de Keegan por reducir la teoría de Clausewitz al concepto analítico de "guerra absoluta", y por enfrentar a "enemigos diabólicos" en vez de "rivales reales", le hace caer en la inconsecuencia de no considerar como objetivo político de la guerra la intención de forzar o dislocar un alineamiento, en circunstancias que históricamente así ha ocurrido frecuentemente. (Guerra de Chile contra la Confederación Perú-boliviana).

Al parecer Keegan no conoce, o aparta del debate, la clásica concepción dualista de Clausewitz que plantea que la subordinación de la guerra a la política, fija el objetivo de ella, el cual puede ser, por una parte, la amplia dominación del adversario por el quiebre de su voluntad de respuesta bélica, o bien, la conminación a que asuma una determinada actitud política o ceda ciertas ventajas geo-económicas o geopolíticas, a través de una guerra de atrición o desgaste.

igual curso negativo para el agresor, al ser derrotado en la batalla naval de Salamina y, posteriormente, en la batalla terrestre de Platea. Surge como arma de combate excepcional el buque de guerra a remo, en particular, el trirreme; sus remeros eran de una clase inferior a los hoplitas, la tropa de combate embarcada. Hasta los tiempos de Alejandro, la falange siguió triunfando, acompañada eso sí por la caballería estilo hoplita, que combate en orden cerrado.

El surgimiento de Roma evidencia una variante en el arte de la guerra; la falange es considerada algo rígida y su armamento muy pesado. Se desarrolla el manipulo, más pequeño y maniobrable, y como armas, el pilum, una lanza corta arrojadiza, y la espada, que se emplean en sucesión. Al mismo tiempo, el carácter ciudadano del hoplita cambia en Roma al de soldado profesional pagado. Otra característica del soldado romano, según Polibio, era su crueldad, que tenía un propósito atemorizante, que facilitaba el dominio. Otro factor que destaca Keegan es la regularidad con que guerrea Roma, efectuando campañas todos los años, por lo que adscribe a las tropas romanas un carácter belicista patológico.

El ejército romano adquiere un carácter regular y burocrático, inédito en Europa y se mantuvo invariable a través del tiempo; su mayor preocupación era la fuente de reclutamiento para las tropas, ya que la línea de mando siempre era de la clase superior romana y para ello no había escasez de voluntarios, pues la elección para cargos públicos requería un tiempo de servicio militar mínimo de 10 años, entendiéndose socialmente que el derecho a gobernar se legitimaba por la habilidad para comandar.



El ejército romano portador de tradiciones y forjadores de la disciplina.

En el ejército romano, entre el nivel alto, los tribunos (soldados-políticos) y el nivel bajo, los reclutas (soldados-conscriptos), estaba un nivel medio que era la médula del ejército, los oficiales, cuyo rango superior era el de Centurión; ellos constituyen el primer cuerpo de oficiales en la historia; son la columna vertebral de las legiones y constituyen los portadores de las tradiciones y los forjadores de la disciplina. Crearon la esencia de la profunda cultura militar de la sociedad romana, no obstante permanecer separada y subordinada a ella.²³

Keegan considera a los oficiales legionarios el germen de los cuerpos de oficiales de hoy, cuyos valores eran: orgullo por su forma de vida distintiva y masculina, una buena imagen ante sus camaradas, satisfacción por premios simbólicos, aspiración legítima a la promoción y expectativa por un retiro confortable y honorable.²⁴

A lo largo del tiempo, con el ingreso de legionarios de todas las provincias, el ejér-

23 Esta última paradoja queda sin explicación; la obcecación del autor por separar axiomáticamente a los militares de la sociedad civil no encuentra razón plausible en tiempos de Roma, así como no lo tiene hacerlo en la actualidad. La verdad era que los Centuriones eran claros exponentes no sólo de la cultura militar romana, sino de la cultura romana, precisamente porque Roma era un Estado imperial-militarista. La gran cultura romana era una sola, vivir en forma segura, expandiendo las fronteras por medio de las legiones que sustentaban el sesudo derecho romano y las firmes obras públicas romanas; no había subculturas disonantes. Es un hecho que la permeabilidad cultural romana asimiló como valor cívico el servicio militar, sin provocar ninguna escisión social.

24 Tales aspiraciones castrenses en lo individual aparecen como normales y propias de toda profesión que sea funcionalmente jerarquizada, en el ámbito civil y tanto más en la administración pública, salvo tal vez la reiterada insistencia del autor en su carácter masculino -que no deja de ser curioso- sin que de ellas pueda desprenderse una marginación social o una incongruencia cultural. Vuelve a surgir aquí la manipulación del discurso, simplemente para insistir en su tesis básica de dos culturas yuxtapuestas.

cito se hizo multinacional. En tiempos de Julio César, respalda la participación política de su líder, así como de su sucesor, Augusto. El dilema de un Estado militarizado, gobernado por una aristocracia política, se resuelve en parte por la reducción del ejército y la fundación de la Guardia Pretoriana para la defensa de la persona del Emperador. Las legiones fueron apostadas en la frontera al mando de pro-cónsules y se suprimen las milicias; el control administrativo es de carácter civil.

El propio éxito político de Roma, al expandir permanentemente sus fronteras, creaba nuevas amenazas por parte de los pueblos fronterizos que pretendían ser parte del Imperio; así, el Imperio se hizo dependiente del ejército. Los Emperadores, de Nerón en adelante, requieren el respaldo del Ejército, particularmente luego que los más eficientes, como Vespasiano, Trajano, Antonino y Marco Aurelio, habían sido excelentes Comandantes.

El concepto que hace descansar el equilibrio de las fronteras en un análisis lógico de factores, no es característico de una mentalidad militar, alucinada por el ansia de gloria, dice Keegan, quien agrega que tanto Alejandro como Roma eran llevados por impulsos de vanagloria y no tenían concepción alguna de que "la guerra es la continuación de la política", pensamiento ajeno a la mentalidad militar que tenía especial influencia en los palacios imperiales a los que

servía. Gran importancia pasan a tener los puntos fortificados, que son emblemas para las guarniciones que los defienden; así, la conciencia militar queda circunscrita a la geografía de las fronteras.²⁵

Señala Keegan que cuando Teodosio aceptó legionarios bárbaros, se perdió la romanidad del Ejército, que aceptó culturas y modalidades foráneas. Con Odoacro, que depuso a Rómulo como Emperador y asumió el poder con el título de Rey, el ejército romano dejó de existir en el Oeste, permaneciendo sólo el de Constantinopla, que es derrotado por los otomanos en 1453.²⁶

Luego de años de desorden político, Carlomagno vuelve a establecer un Estado fundado en su ejército, al igual que Roma. Sin embargo, la falta de dinero del poder central, da inicio al vasallaje de los señores, al patrocinio de los terratenientes y a la servidumbre de los trabajadores. Desde el punto de vista militar, había un contrato tácito; el siervo se comprometía a combatir en la guerra y el terrateniente le daba seguridad en la paz y armas en la guerra; todo ello sellado por el vasallaje del señor al rey de la comarca. Surge el feudalismo, que luego se hizo aún más rígido con la implantación de funciones hereditarias. En términos generales, los siervos conformaban la infantería y los señores la caballería; ésta era un arma típicamente germana, lo que está señalando que Europa surgía de las ruinas

25 La sola dependencia de Roma del trigo egipcio, del hierro anatólico, del cobre chipriota, del estaño británico y del camino al oriente, están señalando las condicionantes de la expansión del Imperio, mucho más allá que meras ansias de vanagloria, y todo ello, sin considerar las reales amenazas de incursiones devastadoras por parte de pueblos primitivos, impulsados por otros que los presionan sostenidamente o acicateados por su propio interés en acceder a las formas de vida romanas, objetivo político que puede sonar a blasfemia para el autor, obnubilado por reconocer en ellos sólo una demoniaca furia primitiva. Por la decadencia de la clase política, es que surge el pretorianismo, no al revés. Hay una fijación mental del autor que le impide observar la realidad castrense de los tiempos actuales; que se sepa, ni Eisenhower ni Mac Arthur tomaron sus decisiones militares en busca de su gloria personal y lo que se dice de Patton, al parecer no pasa de ser un argumento novelesco. Rommel, el general alemán más profesional de todos, fue un hombre recatado, reservado en extremo. En cambio, sí saben los generales y almirantes de hoy, que son quienes conforman la abierta mentalidad militar de nuestros días, que, por ser la guerra, junto con otros medios, la continuación de la política, las Instituciones Armadas quedan subordinadas a la autoridad política, en la forma que lo prescribe la correspondiente Constitución Política.

Por supuesto que, además, todo militar se siente firmemente vinculado a las fronteras, pero no de manera exclusiva ni excluyente, pues muchas otras materias reclaman su atención y, también, muchos otros medios distintos a los militares, participan de la geografía de las fronteras.

26 La romanidad del ejército se perdió junto con la romanidad de Roma, pues fue el propio Imperio el que se transnacionalizó, como lo ha señalado anteriormente el propio autor. Este hecho revela que el ejército no es un núcleo cultural independiente del medio al que pertenece y al que sirve, todo lo contrario de lo que el autor asevera insistentemente, sin mayores fundamentos.

del Imperio romano como una sociedad germana.²⁷

Luego surgen las Cruzadas, que enfrentan a guerreros europeos proclives al combate cuerpo a cuerpo con los ejércitos orientales acostumbrados a las tácticas evasivas de la caballería esteparia. Surgen además, las órdenes monásticas militares, como los Templarios y los Hospitalarios, que se transforman en guerreros ejemplares. Keegan los considera "infecciosos", por la moral caballeresca que los inspira; en los nuevos tiempos había que ser humilde, trabajador y austero ya que la jerarquía quedaba definida, no por la nobleza sino por el mérito, fundándose así en Europa, particularmente en la áreas protestantes, los ejércitos regimentales del siglo XVI, suprimiéndose las órdenes monásticas, y creando con ellas unidades que se incorporaron al ejército real. Es en tales unidades donde surge el régimen militar de los caballeros teutones, del que, 500 años después, Federico el Grande, secularizándolos, reclutará el núcleo de sus Oficiales.

Las Cruzadas, no obstante, plantearon a los caballeros la conveniencia de luchar por algo más que sus derechos; ellas reforzaron la autoridad de la Iglesia en sus esfuerzos por encauzar el "impulso guerrero" dentro de una estructura ética y legal y, paradójicamente, al educar a la clase de los caballeros en las disciplinas de un arte de hacer la guerra con propósitos externos, se fundaron las bases para el surgimiento de verdaderos reinos, con lo que comienza el crepúsculo del dominio social, político y militar

de los caballeros, acelerado por el surgimiento de la pólvora.²⁸

Cuarto elemento de Cultura Guerrera: El Fuego.

Desde el "fuego griego" (líquido ardiente de origen hidrocarbónico) empleado en el siglo VII por las tropas de Bizancio, en Europa el fuego ha sido utilizado en la guerra, en combinación con la pólvora, a partir del siglo XV. Al mismo tiempo que lo usaban los franceses para expulsar a los ingleses de Normandía (1450-53), algo similar hacían los turcos derribando las murallas de Constantinopla (1453).

El desarrollo de las armas de fuego menores, en el que la ballesta fue el puente de conexión con el arcabuz, llevó a cambiar el modo de combatir, haciéndolo más dinámico, lo cual implicaba un cambio de mentalidad que no fue fácil conseguir. Hay que recordar que fueron los griegos, a través de la falange, los que superaron el modo excesivo de combatir, tan propio del primitivismo, y los que implantaron el combate cuerpo a cuerpo, que era, además, cara a cara. El mismo enfoque tuvieron después los legionarios romanos, las Cruzadas medievales y los ejércitos reales. Las primeras armas de fuego provocan así una crisis en el arte de guerrear, pues se estimaba infamante matar a distancia, tanto más si a pie. Aquí el militar profesional optó más fácilmente por el cambio, a diferencia del guerrero aristócrata, acostumbrado a la dignidad de la caballería.

27 Y sus ejércitos también son de estilo germano, ya que sus oficiales son sus caballeros. Como es la nación, es el ejército. El Ejército es un espejo de la Nación. El ejército norteamericano, cuando intervino en Vietnam quiso organizar un ejército vietnamita (del sur) a su propia imagen; tentativa absurda, pues olvidó que un ejército debe estar imbuido, en carne y espíritu, de las esencias de su país, pues con su población y muy probablemente en su territorio, librará la guerra. Japón y Corea del Sur han sido casos parecidos; muy similar con el norteamericano es el equipamiento militar, pero no su espíritu militar, permeado en cada caso por la cultura nacional.

Por eso los ejércitos que se organizan y preparan para participar -exclusivamente o de preferencia- en operaciones de paz tipo ONU, no son tales, sino meras fuerzas paramilitares, adiestradas en el uso restringido, casi simbólico, de la violencia. Este propósito surge de la idea keeganiana que, como los ejércitos regulares son sólo ejecutores instintivos de fuerza bruta, tales misiones no les son apropiadas, a diferencia de quienes, más objetivamente, piensan que el grado de violencia está determinado por el justo análisis táctico del grado de resistencia de los objetivos señalados por la estrategia para cumplir el objetivo político, y no por un supuesto bajo coeficiente intelectual de los soldados.

Lo sorprendente es que algunos círculos influyentes -preocupados de actuar según lo que se estima en cada momento como "políticamente correcto", a nivel nacional o internacional- prefieran apoyar la creación de tales fuerzas de nuevo cuño, antes que aceptar que los ejércitos regulares, debidamente alentados por la confianza en su profesionalismo y por la evidencia de un interés nacional manifiesto, sean quienes deban asumir, ocasionalmente, tales misiones.

28 He aquí una confirmación clara de que toda organización militar, como cualquier organización humana, tiene un objetivo exterior a sí misma, que es, por lo demás, la razón de su existencia. La evolución es de carácter orgánico y en los medios, pero la misión fundamental de servicio al Estado, apenas se altera.

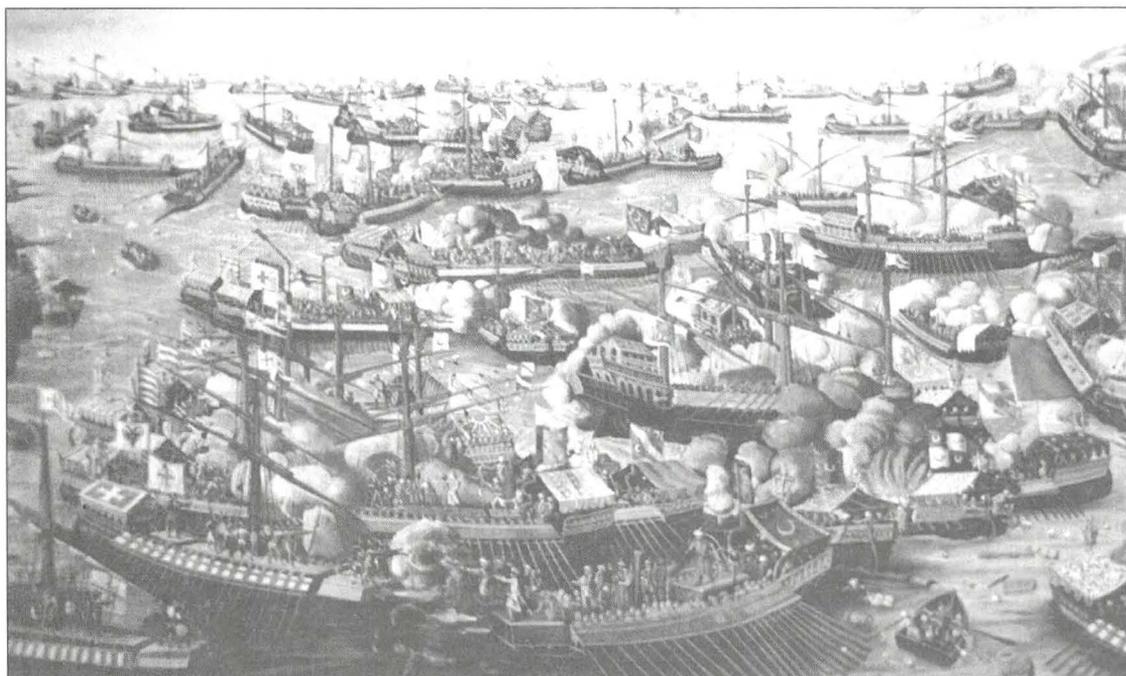
El desarrollo de la artillería, cuyo peso hacía muy difícil su avance por malos caminos, tuvo un rápido desarrollo en el medio naval. Para anular la fuerza del retroceso, los cañones se montaron inicialmente a proa, en la línea de crujía; así combatieron turcos y cristianos en Lepanto, donde, además, la infantería de marina cristiana empleó arcabuces y mosquetes para el abordaje a las galeras otomanas defendidas por obsoletos ballesteros.

Más adelante, para la guerra naval oceánica, se construyeron navíos que instalaban artillería más pesada bajo cubierta, las que disparaban de través, por portas en el costado, absorbiendo el retroceso con maniobra de cabullería. Esta misma capacidad permitió la conquista de nuevos mundos que llevó a cabo Europa mediante sus navíos artillados y sus caballos adiestrados para el combate. En general, conquistaron pueblos primitivos y dispersos, pero también otros como el de la India, civilizada y centralizada, pero que no supo construir un poder naval equivalente, que era la única seguridad

contra el accionar europeo. También el menos primitivo Japón se encerró en su relativamente pequeña isla, defendida fervorosamente por su clase guerrera de excepción. Igual ocurrió con China, que se refugió en su enorme extensión y en la coherencia de su administración burocrática.

El poder de fuego a bordo creció junto con los avances de la técnica; los buques de guerra del siglo XVIII ya montaban sobre 50 cañones, servidos por tripulaciones que, como las de Trafalgar, acumulaban en su acervo profesional la cultura del guerrero tradicional, del hoplita griego, del legionario romano y del piquero suizo, permitiéndoles mantenerse desafiantemente firmes sobre la cubierta de su navío.

En tierra, el desarrollo de las técnicas en armas fue más complejo. Subsistían paralelamente el caballo, la pica, el mosquete y el cañón, y su empleo en combate era de suyo difícil de conducir. Con el tiempo, el mosquete incorporó a la bayoneta, eliminando a la pica; el orden de combate estrecho y las correspondientes prácticas de infantería encuadrada,



El combate de Lepanto.

fueron una respuesta a esa confusión en el combate. El mismo individualismo del mosquetero que apuntaba a un combatiente adversario, fue siendo desplazado por un colectivismo de fuego en salvas, dirigidas al bulto. El uso del uniforme incrementó la pérdida del individualismo; la rigidez de la disciplina y el carácter real del mando superior, acentuaron la responsabilidad colectiva del accionar individual.

Los Oficiales también rindieron algunos de sus privilegios por sus ancestros aristocráticos y aceptaron disciplinarse y estudiar las nuevas técnicas, para lo cual concurren a Academias que, poco a poco, fueron configurando la clase "Oficiales" como un segmento social. Es en estos recintos, como Saint Cyr, Sandhurst, Breda, Modena, donde se hace realidad la idea romana de que el liderazgo en la guerra requiere de intelectuales civiles y militares.



El uso del uniforme incrementa la pérdida del individualismo.

Esta modernización de las batallas y su especie de estilización académica, surgió junto con un período histórico en que las guerras eran básicamente apolíticas, pues no había mayores objetivos vitales en cuestión. Así, en el siglo XVIII, las batallas mismas no eran mayormente cruentas, pero sí significaban mantener costosas unidades; como éstas consumían hombres y material y su accionar daba a menudo un resultado indeciso, fueron acumulando un descrédito que alcanzó a las mismas guerras, particularmente las entre europeos, por lo que tendieron a desaparecer, subsistiendo las que enfrentaban al Imperio Otomano, cuyas tropas de jenízaros eran el epítome de la infantería adiestrada.²⁹

La revolución americana agregó a la calidad del adiestramiento otro factor bélico: la lucha por la independencia, que le dio un objetivo político claro. En Francia, tuvo repercusiones, porque su participación a favor de los independentistas, con todo el costo que ello implicaba, enfureció a los burgueses galos, ya afectados por las guerras artificiales del tiempo anterior. Todo ello impulsó su interés en menos tributos y más participación en el gobierno.

La revolución francesa provocó gran tensión en Europa, pues los exiliados anti-revolucionarios conspiraban desde el exterior de la República y ello obligó a Francia a ir a la guerra contra sus vecinos. El primer intento era subvertir el orden monárquico en los demás países, para así asegurar su supervivencia, pero sus éxitos militares pronto la llevan a considerar a la guerra como un medio para lograr mayor grandeza. Europa entera se militarizó y la majestad del servicio militar fue sinceramente aceptada por todos los ciudadanos de esa generación.

Lo notable de este resultado es que no fue un efecto deseado. La revolución era antimilitarista, racionalista, legalista y utilitaria; sin embargo, llamó a las armas a todos los ciudadanos europeos. Los norteamerica-

29 Es evidente que paulatinamente se libraron menos guerras en suelo europeo; ello porque los intereses nacionales, o eran de menor entidad en términos territoriales o dinásticos, o se resolvían en el amplio campo mundial de las colonias. Por todo ello, los ejércitos y las armadas reorganizaban sus cuadros y sus doctrinas, y eran estas consideraciones operacionales las que determinaban la real capacidad de combate de sus unidades, no las culturas institucionales, supuestamente apegadas a inflexibles rasgos tradicionales.

nos que, en cambio, combatieron sólo con sus milicias y triunfaron con ellas, las mantuvieron tal como eran en su forma original.

Los franceses, por su parte, crearon un instrumento militar distinto al de sus predecesores; las filas se llenaron de voluntarios, los especialistas nobles más preparados se expatriaron y el Ejército adquirió una fuerza que podía quedar sin control. Al principio, los legisladores buscaron establecer ese control, inclinándose por destacar en las filas a los ciudadanos más responsables; resultó que éstos eran los que, como civiles, eran dueños de propiedades urbanas, creándose así un Ejército orientado más bien para las luchas callejeras en París que para salvar al territorio nacional; esto fue lo que finalmente primó. Por ello es que el parlamento elevó a dogma el derecho ciudadano a portar armas (de origen norteamericano), aboliendo toda vinculación con la condición de propietario. La inicial Guardia Nacional se incrementó con milicias y luego se decretó la "levée en masse", esto es, la conscripción general, para construir un Ejército de brigadas, en una proporción de un guardia nacional, como instructor, por cada dos conscriptos como novatos. La disciplina era respaldada por tribunales integrados por soldados y oficiales; estos últimos eran al principio elegidos por los primeros, como en la Guardia Nacional, pero pronto esto se abolió, al igual que los tribunales disciplinarios.

Con todo, era un ejército socialmente nuevo; antes de 1789, más del 90% de los oficiales eran nobles; en 1794, sólo lo era el 3%; el cupo lo ocuparon, de preferencia, personal de tropa, como lo fue Bernadotte, que de simple soldado llegó a Rey de Suecia. Así, la promoción era un gran estímulo; otro lo era el botín, práctica generalizada por el

ánimo revanchista de las operaciones militares, que eran tanto nacionales como populares.

El Ejército se insertaba en el espíritu de la revolución: toda institución debe estar en armonía con el espíritu del pueblo, pero como la eficacia se lograba, al igual que en el prestigiado Ejército prusiano, mediante la cohesión que daba una figura venerable, se ideó modelar el Ejército francés, reemplazando la lealtad al rey por la lealtad al Estado, forjando así al ciudadano-soldado.³⁰

De lleno ya en la época napoleónica, el autor reseña cómo la superioridad del Ejército francés sobrepasó al antiguo sistema militar de Regimientos reales, entrenados en tácticas estereotipadas de orden cerrado. La única reacción sería que hubo, fue la del Ejército expedicionario inglés en España, que contaba con una fuerte logística respaldada por el dominio del mar.

Aquí es, dice el autor, donde los desastres que las campañas napoleónicas provocaron en los Ejércitos reales y en los países derrotados, llevan a Clausewitz a plantear su teoría, de tan devastadores efectos, según la cual el aliento de la voluntad popular hacia propósitos estratégicos lleva a la "guerra real" a aproximarse a la "guerra absoluta", fundamentando su conocida creencia en que el hacer la guerra es, en último término, un acto político. Por el contrario, para Keegan, Clausewitz -a diferencia de Maquiavelo, que también vinculó al gobierno con el deber de hacer la guerra, pero en calidad de mero consejero y obsecuente cortesano- plantea su ponencia como una verdad irrefutable que pretende imponer como tal si no se quiere sufrir las consecuencias; el autor inglés piensa que esa

30 Es de claridad meridiana que en un país democrático, como el que estaba en la idealidad de las revoluciones norteamericana y francesa, y se concretó en los demás Estados americanos emancipados al conjuro de esos movimientos, la voluntad política del pueblo es la que marca la orientación de sus ejércitos, nutriéndolos con su ciudadanía y su cultura. Tales ciudadanos, junto con su formación profesional reciben el complemento cultural-valórico de un espíritu de cuerpo que, por haber surgido del respectivo acervo histórico castrense, forjado y consolidado como el que más en el devenir cultural de la nación, reafirma permanentemente la congruencia de la motivación institucional con los lineamientos que emanan de la más auténtica vocación nacional.

Así surge el verdadero nacionalismo, un nacionalismo culto -ni el mustio y débil nacionalismo de los "ciudadanos del mundo", entregados al torbellino de un eufórico universalismo, ni el ultra y vibrante nacionalismo de los adherentes a un chauvinismo estrecho- un nacionalismo que acepta a la nación como una realidad sociológica, psicológica y materialmente necesaria, esencialmente única, como la familia, capaz de salvaguardar su propia identidad e intereses, pero no por eso incapaz de relacionarse fraternalmente con otras en el marco cordial de un respeto mutuo.

ambición intelectual es un indicio de su megalomanía.³¹

El autor señala que, al término de la I Guerra Mundial, tales orientaciones empezaron a ser consideradas el germen de una catástrofe histórica, como lo dijo Liddell Hart. Era cierto, dice Keegan, que los cálculos de los generales sobre las grandes cantidades de hombres que serían necesarios para llevar a cabo la guerra externa, fue una constante en todos los países, pero ellas no habrían tenido ningún sentido si no hubiera habido ciudadanos dispuestos a servir militarmente.

En realidad, tal conflagración no se debió a Clausewitz, dice el autor, pues, al igual que un arquitecto, se puede crear una estructura, pero no se puede determinar un comportamiento; esto lo hace una cultura.³²

El Poder de Fuego y la Cultura de Servicio Universal.

El autor afirma categóricamente, sin señalar antecedentes de validez general, que el ideal de pre-guerra, de "cada hombre un soldado" y cada soldado al servicio nacional de su patria, fue una ilusión que se llevó la guerra, dejando en quiebra la política de conscripción. Dice que la realidad es que los pueblos que combaten, asumen

esa línea de conducta, pero guerrear cuando no pueden evitar conflictos desastrosos y maniobran para desconectarse del enemigo, sin hacer un fetiche del valor sin esperanza ni de la violencia sin retribución.³³

Los griegos, que inventaron el combate cuerpo a cuerpo, señala Keegan, no llevan la ética de guerra hasta el punto que lo hace Clausewitz, de conducir las operaciones hasta lograr la destrucción del enemigo.³⁴

Incluso las guerras religiosas, con toda su exacerbación, extremaron los requerimientos de tropas. No obstante, en ningún caso se pensó en movilizar toda la población masculina para proseguir la batalla. La guerra ya se consideraba tan demasiado brutal, que era sólo aceptable para quienes eran proclives a ella por su posición social o arrastrados a enlistarse por no tener posición social alguna; los mercenarios, los pobres, los cesantes, a menudo los criminales y proscritos, eran considerados buenos para la guerra porque la vida pacífica no les ofrecía gran cosa. Así, la renuencia de los industriales, de los habilidosos, de los educados, así como de los pequeños propietarios, para con el servicio militar, refleja una sensible apreciación de cómo la naturaleza de la guerra se enfrenta a la naturaleza humana.³⁵

31 La presentación de Keegan, que tiende una vez más a descalificar a Clausewitz, insinúa, de paso, un cuestionamiento al ordenamiento democrático y al sometimiento a la voluntad popular, que no siempre sería sabia. Olvida que así como la voluntad popular puede tener alientos de furor, también puede asumir actitudes pusilánimes, como en el caso norteamericano en Vietnam. Aquí es donde se refleja con mayor nitidez el carácter político de la guerra; éste es el gran mérito de la perspectiva de Clausewitz, que supo penetrar en la esencia de la guerra y de la política en una época en que recién se estaba transitando desde una guerra de ejércitos a la guerra total -inserta inextricablemente en la realidad económica y social de las naciones involucradas- tipo de guerra que se inicia ya en la era napoleónica. En cuanto a la megalomanía, cuidado, puede ser un boomerang. Con todo, parece una afirmación destemplada. Clausewitz siempre consideró su trabajo como una guía para la mejor comprensión de un fenómeno político al que él se sentía directamente ligado, y entendía que, responsablemente, y para tales fines, debía aportar su capacidad intelectual y su dedicado esfuerzo personal. Era un soldado, pero a la vez, un soldado iluminado; un hombre de su tiempo, el de la Ilustración.

32 Efectivamente, pero siempre a través de la política y sus instrumentos.

33 Aquí el prejuicio contra Clausewitz llega al extremo de desconocerle, al menos, el principio de que el objetivo político constituye la consideración suprema en la guerra, siempre sometida a la voluntad de la "inteligencia del Estado personificado", el interés nacional. Por otra parte, una cosa es ser pragmático, pero tampoco se puede llegar al extremo de considerar al valor heroico, un simple fetiche.

34 Esta observación ya fue analizada en (8); no hay tal idea.

Hay que ser cuidadoso al momento de emplear términos tan importantes. Clausewitz habla, en la llamada guerra de aniquilamiento, del abatimiento del enemigo, dejarlo fuera de combate, incapaz de reaccionar, no de su destrucción. Ello, sin considerar, según su fórmula dualista, el otro tipo de guerra, la de desgaste, en que es posible un entendimiento antes de llegar al extremo del abatimiento.

35 Nadie discute que el arriesgar la vida va contra la naturaleza humana, pero igual lo hacen los padres para salvar a sus hijos en peligro, e incluso las madres que mueren al dar a luz; no por ello son despreciables; antes por el contrario, merecen, al menos, respeto. De modo que considerar que ir a la guerra es sólo cosa de desesperados, revela un individualismo antihumano y un hedonismo increíble, cuando no repugnante.

Keegan señala que la revolución francesa, con su afán igualitario, dejó de lado tal realidad, y ofreció a la mayoría un privilegio que hasta entonces sólo tenía una minoría: ser titular de la libertad legal representada por el status guerrero de los aristócratas. Es cierto, dice, que ha habido militares de grandes méritos como personas estudiosas y hábiles, pero han sido una excepción. En los ejércitos de la Gran Guerra se había reunido todo el variado espectro de las sociedades nacionales, pero murieron por millones, especialmente los jóvenes, que eran la fuerza de su nación. Tales heridas no cicatrizan fácilmente; se quedaron en la conciencia colectiva de ingleses y franceses, que se rebelaron siquiera a pensar en otro sufrimiento similar. Se volvió a la muralla protectora de los ejércitos profesionales, materializada en la Línea Maginot francesa y en los Dreadnoughts británicos, y se atenuó el reclutamiento. Hitler, en cambio, lo reintrodujo y forjó de nuevo, en las nuevas generaciones alemanas, una cultura guerrera.³⁶

Armas de Última Generación.

En la década de los años 1920 surgen los partidos paramilitares en casi todos los países que habían sido derrotados en la conflagración mundial; la excepción fue Turquía, donde Atatürk llevó a su pueblo, históricamente guerrero, a la moderación.

En Alemania, el ejército prusiano se distanció inicialmente de los camisas pardas que pretendían desafiarlo y tras su reclusión de 16 meses, Hitler se inclinó a no confrontar nunca directamente al Ejército. Sin embargo, creó las SS, que en 1931 eran tan numerosas como el Ejército de esa época. El rearme fue muy popular, no sólo porque dio trabajo a muchos desempleados, sino porque restauró el orgullo nacional, des-



El gran ejército alemán forjado por una Cultura Guerrera.

preciando de paso a sus vecinos por haber abandonado el lema: "cada hombre un soldado".

Para Keegan, Hitler era peligroso por tres razones:

- Era un obseso por la tecnología guerrera, lo que no coincidía mucho con el espíritu prusiano, más dado a estimar las virtudes del soldado;
- Admiraba en general a la clase guerrera, que estimaba muy fuerte en el pueblo alemán,
- Era un convencido clausewitziano, pues veía a la guerra como la continuación de la política y, más aún, no distinguía a la guerra y a la política como dos actividades separadas.³⁷

La combinación de armas revolucionarias con la ética guerrera y la filosofía clausewitziana de integrar lo militar con fines políticos, permitió que bajo la mano de Hitler, el arte de guerrear asumiera en Europa un carácter total, que nunca tuvo en los tiempos de Alejandro, de Mahoma, de Ghengis Khan ni de Napoleón. Keegan añade que la filosofía clausewitziana sufrió una desviación en su versión hitleriana, pues si bien puso lo mili-

36 El autor confronta, sibilantemente, la pusilanimidad de los ingleses y franceses de la época, con la cultura guerrera alemana, pretendiendo dejar establecido que el negarse a combatir por la patria es signo de civilización y el hacerlo, es prueba de barbarie. Tal grado de exageración no es caldo de cultivo para esa sabia moderación, al estilo griego, que es legítimo exigir a los intelectuales conscientes de su misión orientadora.

37 Es evidente que, según esta apreciación, es muy fácil catalogar de peligrosos a muchos Estados, partiendo por los más desarrollados, adalides del avance tecnológico militar, muchas veces fuente de su prosperidad, siendo la mayoría de ellos clausewitzianos, como ha quedado demostrado en Malvinas y en el Golfo. No obstante, parece que son los subdesarrollados los más expuestos a ser vilipendiados por contar, supuestamente, con las execrables clases guerreras, que tanto perturban a las privilegiadas e intocables mentes de algunos anglosajones.

tar al servicio de la política, utilizó ampliamente la tecnología militar revolucionaria de la que era un ardiente protagonista, en circunstancias que Clausewitz, según el autor, descartaba la superioridad del armamento como un factor significativo del quehacer guerrero.³⁸

El desarrollo descomunal del arma aérea por parte de los aliados y EE.UU. especialmente, les permitió -luego que Alemania declarara que actuaría con libertad sobre blancos civiles- llevar a cabo ataques aéreos masivos que destruyeron la capacidad industrial de Alemania, provocando su derrota.

Contra Japón, también los Aliados, ya al término de la contienda básicamente decidida en el mar, ante la inminente pérdida de sobre un millón de vidas en el asalto final y recordando el leve ataque japonés a Pearl Harbor, su ferocidad en el combate y su trato inhumano a los prisioneros, prefirieron derrotar al coraje japonés con el poder de fuego del arma nuclear.³⁹

El Derecho y el Fin de la Guerra.

El término de la II Guerra Mundial y el advenimiento del arma nuclear no marcó el fin del quehacer guerrero. La vigencia del colonialismo era insostenible y el movimiento de liberación surgió en todas las latitudes. La doctrina guerrillera de Mao se expandió como el aceite; su "guerra dilatada" venció en China y en Indochina.

En los países de Africa y Asia se produce una militarización al estilo occidental del siglo XIX, en la que se hace un deber y un honor para los ciudadanos no combatientes, integrarse en las unidades militares. Con ello llega, no sólo el armamentismo, sino la subordinación de los valores civiles a los militares, el encumbramiento de las elites militares y la tendencia a recurrir a la guerra.⁴⁰

Dice el autor que en casi todas partes -salvo en Vietnam que, al igual que Japón a partir de 1866, reafirmó su propia doctrina de guerra- la militarización sirvió solamente para adoptar las trampas del militarismo sin la redentora virtud militar de la disciplina.⁴¹

38 Sólo una lectura muy restrictiva puede asignar tal idea a Clausewitz, pues una cosa es plantear matices sobre los factores más relevantes y otra muy distinta, propia de un nefasto maniqueísmo, que haya descartado la influencia del armamento, puesto que, dadas las condiciones de la tecnología militar de la época, el pensador alemán recurría al recurso intelectual de fundir la totalidad de los componentes materiales como armamento, terreno, fortificaciones, etc., en el factor "número", al que daba tanta importancia como a las fuerzas morales. No es que Clausewitz desconsidera el valor del armamento; lo que rechaza es considerar a la estrategia como un simple cálculo de ecuaciones cuantificables, entre cuyos factores medibles estarían el armamento y sus capacidades de destrucción. Clausewitz enfatiza que tal cálculo no es seguro, por el papel de las "magnitudes morales" que, por su propio carácter, son más bien apreciables que medibles.

39 Es comprensible que un autor, para quien el coraje no significa nada, considere que Clausewitz quedó obsoleto por el triunfo del avasallador poder destructivo empleado sobre Alemania y Japón. Sin embargo, lo que no considera, y es precisamente lo que triunfó, es el hecho de que las sociedades nacionales de los Estados aliados, con sus estructuras sociales firmemente integradas por un amplia cultura de responsabilidad compartida, fueron capaces de desarrollar todas esas capacidades que postularon a las naciones que pretendieron subsistir con una estructura social escindida entre una clase militar y un mundo civil, que es precisamente la fórmula que el autor preconiza, equivocadamente, como la del futuro.

40 Es casi risible, sino fuera un sarcasmo de mal gusto, señalar que, en los países sometidos al yugo de las metrópolis europeas, la conscripción y la presunta subordinación de los valores civiles a los militares, así como el predominio de elites militares con "mano rápida al gatillo", hayan sido la causa de las guerras coloniales. Por supuesto que es muy fácil para un sostenedor de la guerra como cultura, decir que los más cultos no tienen proclividad por la guerra y si la tienen los primitivos, pero para quienes estimamos que la guerra es, junto a otros medios, la continuación de la política, el planteamiento de Keegan es insostenible y cínico. En cuanto al "armamentismo" -que es la degradación del natural y legítimo "equipamiento militar"- no tiene mejor aliado que el comercio de armas, promovido por las sociedades evolucionadas.

Si la guerra es una interrelación entre Estados que incluye la violencia de las armas, la fórmula de Clausewitz, que coincide con tal enunciado, viene a ser la manera más clara de subordinar conceptualmente la fuerza militar al gobierno, siendo ello el postulado básico del sistema democrático. ¿Por qué, entonces, tanto furor contra Clausewitz, de parte de un inefable profesor inglés de historia militar? Solamente porque no entiende a Clausewitz; porque lo ha leído mal o prejuiciadamente. Ha asumido que Clausewitz promueve la "guerra absoluta" llevada a los extremos, sin, al parecer, otro interés que aplicar la violencia por el solo gusto por ella? Una visión a todas luces infundada y equivocada, esta vez sí absolutamente.

41 Es probable que la disciplina haya tardado en llegar, pero lo que sí llegó fue la independencia de esos pueblos, a partir de la cual han podido perfeccionar sus virtudes ciudadanas, incluida la disciplina social, en muchos casos superior a la que hoy exhiben, sin vergüenza alguna, algunas decadentes naciones rectoras del antiguo orden imperial, y todo ello se logró, no por la vanidosa madurez de la civilización occidental en retirada, sino por la porfiada fuerza militar ejercida por cohesionadas "naciones en armas", dispuestas a defender su derecho a la independencia con el coraje de incontables ciudadanos patriotas.

El nacionalismo es la gran amenaza al imperialismo; de aquí que las sociedades evolucionadas -mayoritariamente imperialistas- unan para difamar, desacreditar e intentar destruir al nacionalismo donde quiera que surja. Después de doblegada, por su propio fracaso, la ideología de la lucha de clases, surge más vigente que nunca el Estado-Nación, pero ya los intereses imperialistas vienen desarrollando y difundiendo la idea de la "globalización" y su inevitable resultado: la "comunidad universal". He aquí otra utopía, sucesora de la del "comunismo", que se resiste a aceptar la realidad histórica que hoy da cuenta que subsisten con fuerza, numerosos núcleos humanos políticamente organizados (Estados-Nación) que seguirán defendiendo, en base a alianzas y con las armas si es necesario, aquellos intereses vitales o valores culturales intransables.

Estas guerras no incomodaron mayormente al Oeste imperialista; mayor amenaza derivó de las armas nucleares, cuya proliferación vertical y horizontal hizo ilimitada la violencia. Esto echó por tierra la proporcionalidad del quehacer guerrero frente a amenazas y a objetivos, hasta ahora relativamente limitados, lo que, a juicio del autor, saca a la luz la falacia del análisis clausewitziano. ¿Cómo puede la guerra ser la continuación de la política si, en vez de alcanzar el objetivo racional de lograr el bienestar de los pueblos, lleva a la destrucción de las entidades políticas? El dilema nuclear impulsó a pensadores, estadistas, burócratas y mayormente a miembros de la clase militar, dice el autor, a buscar un escape al nefasto predicamento que habían creado para ellos mismos.

Algunos pensadores, básicamente académicos contratados por instituciones de asesoría a la decisión política de los gobiernos occidentales, trabajaron arduamente para encontrar una acomodación del pensamiento de Clausewitz a la realidad surgida, señalando que las armas nucleares trabajan para fines políticos, no a través de su empleo sino solamente por la amenaza de su uso, lo que se llamó la teoría de la "deterrence", que planteaba como su fundamento la destrucción mutua asegurada. Como esto implicaba una creciente acumulación de armas y ampliación de su capacidad destructiva, se llegó a volúmenes y a niveles de gasto sencillamente insoportables.

Así, se volvió la vista al derecho, que desde antiguo regulaba aquellas guerras permitidas (*ius ad bellum*) y a aquello permitido en la guerra (*ius in bellum*). De aquí

surge la teoría medieval de la "guerra justa". Durante los siglos XVIII y XIX, la distinción entre justo e injusto quedó subsumida por la soberanía del Estado, que relativizaba la política por la influencia maquiavélica. Siempre ha seguido vigente la búsqueda de una autoridad supranacional que reemplace a la autoridad papal, debilitada por la Reforma.

De aquí la Liga de las Naciones de 1918, el Pacto de París de 1928 y la ONU de 1945, que regula la violencia militar en cuanto a oportunidad de su empleo, dejándola siempre bajo control supranacional.

El espíritu de la ONU fue, sin embargo, lastimosamente burlado por la Guerra Fría, pero no volvió a imperar ni siquiera con el descalabro de la URSS en 1990. El surgimiento de un mundo unipolar queda de manifiesto en la Guerra del Golfo que es, para el autor, "el primer triunfo genuino de la moralidad de la guerra justa, desde Grocio".⁴²

Aquellos que confían en el espíritu de la ONU tienen un largo camino por recorrer, dado que el hombre tiene una proclividad por la violencia; ello no puede negarse, aún cuando se conceda que en cada sociedad es más bien una minoría la que probablemente pone en ejecución esa proclividad.

Keegan lanza su más dura diatriba contra los militares. Dice, "el hombre, a lo largo de los cuatro mil años en los que han existido ejércitos organizados, ha aprendido a reconocer esa minoría en aquellos que hacen soldados, que los equipan y entrenan, que proveen los fondos que se necesitan para apoyarlos y los que respaldan y aplauden su comportamiento en los tiempos en que la mayoría se siente amenazada".⁴³

42 Que se haya vuelto la vista al derecho y se haya constituido la ONU para regular la violencia militar, no pasa de ser un reconocimiento de la fuerza del poder político, como creador del derecho internacional y de sus organizaciones, desde las cuales las potencias aplican la política de poder disfrazada, para evitar verse envueltas en una guerra que no podrían librar por falta de espíritu suficiente para entrar en combate. Es evidente que son las Potencias, a través del Consejo de Seguridad, las que regulan la oportunidad de empleo de la violencia, pero ello no puede considerarse sinónimo de "guerra justa". En cuanto a señalar a la Guerra del Golfo como el primer triunfo de la moralidad, ello no puede ser, para un lector imparcial, sino una opinión escandalosa.

43 Nunca antes ha habido tan insolente desplante de parte de un pensador al que se le ha tenido el respeto suficiente como para invitarlo a departir con las más altas autoridades militares en nuestro país. Toda su argumentación en el sentido que la guerra es un hecho cultural promovido por un núcleo belicista enquistado en una sociedad pacifista, y no un instrumento de la política, parece haber tenido como principal propósito sentirse libre de lanzar esta acusación, como un desahogo emocional al final de su trabajo. Sólo quien niega que la guerra surge por una contraposición irreductible de intereses nacionales, cuya satisfacción es vital para la vida de dos o más naciones, puede darse el lujo de considerar a los militares, por prepararse para la guerra y entrenar a los ciudadanos para la eventualidad de enfrentarla, como esa minoría diabólica que en su esquema teórico contrapone a una mayoría angelical que es arrastrada, contra su voluntad, al vórtice demencial del enfrentamiento bélico.

Luego hace una invitación más cauta. Debemos ir más allá; y al respecto declara: un mundo sin ejércitos -de esos ejércitos disciplinados, obedientes y sometidos a la ley- sería un mundo inhabitable. Ejércitos de esas características son un instrumento, pero también un sello de civilización y, sin su existencia, la humanidad tendría que resignarse a vivir, o en un nivel primitivo por debajo del "horizonte militar", o en un caos sin ley, al estilo hobbesiano, integrado por masas en permanente lucha de todos contra todos.

Existen hoy en día tales circunstancias y las vemos en nuestras pantallas de TV, provocándonos justificada alarma.

Ello enseña a qué aflicciones nos puede llevar la guerra cuando rehusamos negar la idea clausewitziana que la guerra es la continuación de la política y nos rehusamos a reconocer que la política que nos guía hacia la guerra es una intoxicación venenosa.

Al dar la espalda al mensaje de Clausewitz, no necesitamos creer, como Margaret Mead, que la guerra es una "invención". Tampoco necesitamos ponderar los medios que nos lleven a alterar nuestra herencia genética, en un proceso intrínsecamente autodestructivo. No necesitamos intentar salir gratis de nuestras circunstancias. La humanidad ya domina el mundo material en grado tal que el más optimista de nuestros antecesores, hace sólo dos siglos, habría pensado que estaba más allá de lo posible.

Todo lo que necesitamos es aceptar que luego de cuatro mil años de experimentación y repetición, el quehacer guerrero ha devenido un hábito. En el mundo primitivo, este hábito se controlaba por los ritos y ceremonias; en el mundo que le siguió, el inge-

nio humano rasgó los ritos y ceremonias y las restricciones que éstos imponían sobre el quehacer guerrero más allá de la práctica de la guerra, potenciando a los hombres adictos a la violencia a presionar sus límites de tolerancia hasta su extremo, e incluso más allá.

La guerra, dice Clausewitz el filósofo, es un acto de violencia llevado a sus términos extremos. Clausewitz, el guerrero práctico, no se inquieta por los horrores a los cuales lleva su lógica filosófica, pero nosotros los hemos vislumbrado.⁴⁴

Los hábitos de los primitivos -inclinados a la restricción, la diplomacia y la negociación- merecen ser reaprendidos; a menos que desaprendamos los hábitos que nos hemos enseñado nosotros mismos, no sobreviviremos.⁴⁵

Conclusión.

Keegan señala: Las sociedades civilizadas en las que nos gusta vivir son gobernadas por el derecho, lo que indica que deben contar con una policía y el control policial es una forma de coerción. Con ello aceptamos que el hombre tiene un lado oscuro que debe ser constreñido por el temor a una fuerza superior.

La cultura es un primer determinante de la naturaleza del quehacer guerrero, como su desarrollo en Asia claramente lo demuestra con la evasión, la dilación y la maniobra indirecta. Además, el ideal de Confucio de racionalidad, continuidad y mantenimiento de las instituciones, les lleva a buscar medios para subordinar el impulso guerrero a las restricciones impuestas por el derecho o la costumbre.

44 El "ascenso a los extremos" es una metodología de análisis y cae dentro del estudio de la "guerra absoluta", una abstracción desconectada de sus condicionantes políticos, que ya hemos señalado como un componente del método, de modo que no es correcto plantear que Clausewitz hacía abstracción de los costos reales de la guerra, en términos humanos. Incluso al referirse al proceso de abatimiento del enemigo, y analizar la relación entre magnitudes morales y recursos materiales, en su complejo método teórico de reducción a los opuestos, que a tantos equívocos conduce, afirma que sólo se oponen en términos conceptuales, pues según las circunstancias, la moral compensa a la inferioridad material o la multiplica; por eso la destrucción de las fuerzas armadas se extiende más al sentido moral que al sentido material, con lo que conceptos como, "hacer el máximo esfuerzo en el centro de gravedad", implican una reducción del daño general, por el consecuente daño moral que la decisión en tal punto conlleva, lo que permite dominar al enemigo, no destruyendo su integridad, sino su esperanza de vencer.

45 De aquí al "buen salvaje" de Rousseau, no hay diferencia; ahora resulta que toda la civilización es nada más que una rémora de la que debemos desprendernos si queremos sobrevivir; ¡qué gran fracaso de la humanidad!

Lo mismo en el Islam que, a pesar de que es visto como una religión de conquista que conlleva la obligación de emprender la Guerra Santa contra el infiel, finalmente asignó esta tarea moralmente dudosa a una clase de guerreros, especializada y subordinada, liberando a la mayoría restante, lo que, aunque culturalmente favorable, lo dejó expuesto a guerreros más rudos, que eran, por cierto, los de Occidente.

La cultura occidental comprendía tres elementos; el orden moral, intelectual y religioso. El elemento moral es de origen griego clásico y consistía en superar las restricciones rituales del primitivismo, por la lucha cuerpo a cuerpo hasta morir. El guerrero teutónico era de caballería, pero asimiló el combate cuerpo a cuerpo que le llegó de Grecia a través de Roma; así, era caballero que peleaba frente a frente hasta la muerte, a diferencia del guerrero estepario, que era jinete evasivo y maniobrero. Cuando el alemán se enfrentó al Islam en las Cruzadas, se asombró ante un enemigo para quien la evasión y la maniobra no eran deshonrosas. Sin embargo, hubo una transferencia cultural importante; el Islam transmitió a Occidente la ética de la Guerra Santa, que posteriormente investiría a la cultura guerrera occidental de un ropaje intelectual e ideológico que hasta entonces no tenía.

A la combinación de la ética de lucha a muerte, más la dimensión ideológica de la Guerra Santa, sólo le faltaba el elemento tecnológico para conformar el modo occidental del quehacer guerrero. Este factor llegó en el siglo XVIII con el desarrollo de las armas de fuego.

¿Por qué Occidente se abrió a este factor y Oriente no?

Al parecer, por el factor cultural asiático de restricción "militar", que impele a un conservantismo en el uso de armas tradicionales. Occidente en cambio, al renunciar al control de armas, tomó un camino que lo llevó a una forma de quehacer guerrero que Clausewitz dice es la guerra misma: una continuación de la política, elemento intelectual e ideológico, por medios de combate apropiados para el cuerpo a cuerpo y con los instrumentos de la revolución tecnológica occidental, que los estimó moralmente aceptables.⁴⁶

Esta modalidad occidental de quehacer guerrero se generalizó ampliamente en los años posteriores a la muerte de Clausewitz. Su triunfo a nivel mundial fue, sin embargo, engañoso. Frente a otras culturas militares probó ser irresistible; vuelta hacia sí misma, llevó al desastre y amenazó ser catastrófica. La I Guerra Mundial terminó con la preeminencia europea en el mundo, con sufrimientos horribles para su población y corrompió lo más valioso de su civilización: el liberalismo y la esperanza, confiriendo a los militaristas y totalitarios el papel de proclamar el futuro, que no fue otro que la II Guerra Mundial, que remató la ruina de la I.

Además, aportó el armamento nuclear, una culminación lógica de la tendencia tecnológica del modo occidental del quehacer guerrero y la negación última de que la guerra es la continuación de la política por otros medios.⁴⁷

46 El autor asigna al rasgo cultural un tiempo histórico mucho más largo que al factor político, lo que es lógico, pero es injusto si se comparan ambos. La renuncia occidental al control de armas es una modalidad cultural derivada tal vez de la eclosión antropocéntrica del Renacimiento que, afirmando la dignidad humana y sus derechos, llevó a decisiones políticas tendientes a lograr una mejor calidad de vida, más comprometidas con la decisión a través de la competición, que lo posiblemente vigente en Oriente. Ello se reflejó en su decisión de enfrentar al mundo y avanzar, estableciendo ciudades-estado, reinos e imperios relativamente equivalentes en capacidad de acción, conformando núcleos de poder político en permanente progreso que entraban en colisión y resolvían sus discrepancias mediante políticas que implicaban el recurso a la guerra, lo que, en el largo plazo, favoreció el desarrollo y el predominio europeo sobre las demás culturas adversas a esas políticas emprendedoras.

47 Que la guerra continúe en un mundo nuclear, no es un misterio. Que la restricción en la posesión, potencia y empleo de las armas nucleares llegue a ser una realidad, es una posibilidad cada vez más probable, en la medida que haya dos o más núcleos políticos con capacidad nuclear. El hecho que la guerra del futuro tenga características muy variadas, desde la irregular urbana hasta la supranacional, no impedirá que siga siendo, en todas esas versiones, una continuación de la política. Los que postulan un carácter satánico a las armas nucleares, tienden a aceptar que es tal su amenaza latente, que ya no hay distancia entre paz y guerra; que hay una continuidad absoluta entre paz y guerra. Esta es la visión que "invierte" la fórmula; Clausewitz pensaba que la política debía continuar en tiempos de guerra, no que la violencia se perpetuara en tiempos de paz. En el mundo real, las armas, nucleares o convencionales, crean riesgos permanentes, no guerras permanentes; son los hombres, no las armas, los que desencadenan las guerras.

Para Keegan, la política debe continuar; la guerra no. Esto no quiere decir que el papel del guerrero esté superado. La comunidad mundial necesita, más que nunca, guerreros idóneos y disciplinados, dispuestos a ponerse al servicio de su autoridad. Deben ser considerados los protectores de la civilización, no sus enemigos. El estilo con que combatan por la civilización -contra fanáticos étnicos, señores de la guerra regionales, ideólogos intransigentes, rateros comunes y organizaciones criminales internacionales- no puede derivarse sólo del modelo occidental. Hay mucho que aprender de otras culturas militares, no sólo del oriente sino, también, primitivas.⁴⁸

Hay una gran sabiduría en los principios de restricción intelectual e incluso en los rituales simbólicos que necesitan ser redescubiertos. Hay mucha más sabiduría aún, en negar que la política y la guerra pertenecen al mismo continuo. A menos que insistamos en esta negación, nuestro futuro, al igual que el de los de Rapa Nui, puede pertenecer a los hombres de las manos ensangrentadas.⁴⁹

Comentario final.

El problema fundamental que subyace en la interrogante sobre si la guerra es una posibilidad en un mundo de armas nucleares, es que hoy, junto con la disposición de tal armamento, se vive la circunstancia, única en la historia, de la posibilidad cierta de quedar toda la Humanidad sometida al imperio de un solo Estado, que será la Superpotencia dominante en todo el planeta. De aquí que el objetivo político por alcanzar -o perder- y varias veces superior al históricamente conocido, es nada menos que proyectar la soberanía de un núcleo de poder polí-

tico sobre todos los demás del planeta, los que quedarán reducidos a la condición de sometidos, no sólo en lo político y económico, sino en lo social y cultural.

De aquí, como contrapartida, el surgimiento de los tan vapuleados nacionalismos, desacreditados con saña por los Estados imperialistas y su obsecuente intelectualidad.

Todo lo anterior ha servido para que los pacifistas como Keegan, denuncien a la fórmula clausewitziana como inaplicable, en circunstancias que no es la fórmula la mala, sino el criterio de quienes no supieron o no quisieron aplicarla.

No hay que articular panoramas apocalípticos, cuya mágica solución sea el Estado universal, donde, es obvio, reinará un pacifismo meramente literal, por imposibilidad de conflictos externos.

No obstante, en tal escenario, las comunidades sojuzgadas, verdaderos Estados larvados y zaheridos por la frustración de sus aspiraciones insatisfechas, recurrirán a la violencia revolucionaria, constituyendo focos marginales de inestabilidad, de difícil sofocación por la inhibición política para hacer la guerra.

Cabe aquí considerar el panorama que surgiría si se da ese paso hacia el Estado universal, en el que los hombres ya no conformarán naciones, donde podrán vivir acogedoramente y a escala humana sus circunstancias culturales, sino meras provincias de índole administrativa, donde imperarán los cánones de la alta dirigencia política mundial.

Desde este incontrarrestable núcleo de poder, los valores dominantes serán volcados compulsivamente, con minuciosas especificaciones, sobre los variados campos

48 El autor retira ahora prudentemente sus denuosos y entra ya en la plena ensoñación; vislumbra una sola y respetable cultura guerrera al servicio de una sola gran cultura, supremamente ecléctica y, por lo mismo, de validez mundial. Hemos llegado de pronto, por el solo arbitrio del deseo hecho realidad, al Imperio universal, siniestra entelequia cuya cúpula dominante impondrá en forma incontrarrestable sus valores sociales, desvaneciendo toda la riqueza de las diversas manifestaciones culturales, cuya diversidad pareciera ser despreciable.

49 Demasiado pesimismo frente a una realidad que confirma que la humanidad ha tenido la suficiente sabiduría para extraer de su experiencia las lecciones que han venido incrementando la solidez de sus culturas, que saben reconocer la condición compleja de la naturaleza del hombre y de la sociedad surgida de sus vivencias. Cualquier actitud realista, por distanciada que esté de las alturas olímpicas del autor, es preferible al escapismo hacia un mundo ilusorio donde simple, sutil, directa y misteriosamente, en vez de la política, gobernará la cultura. Por cierto que en tal utopía, no habiendo política, tampoco habrá guerra.

de la vida social, desvaneciendo la riqueza de las diversas manifestaciones culturales y concretando la utopía de un mundo centralizado, teóricamente pacífico porque, al ser un Estado único, no hace la guerra.

Por cierto que ello no implicaría, ni remotamente, la erradicación de la violencia, sino un caldo de cultivo para que surja en sus variadas formas, materializadas en manifestaciones abiertas, como la insurrección social, la subversión revolucionaria, o la guerrilla de liberación nacional, así como en métodos encubiertos, como el deshumanizado terrorismo.

El empleo histórico de las armas nucleares, (Hiroshima-Nagasaki) fue decisivo por ir más allá de los límites soportables para una disputa de hegemonía que implicaba sólo un cambio de grado en la jerarquía internacional. El desorbitado nuevo gran objetivo político, que no se reduce a una mera hegemonía interestatal, sino que es un cambio de naturaleza, pues en términos de dominio político mundial será el todo o nada, da margen a especular sobre la posibilidad de niveles superiores en la capacidad de resistencia frente a tal despojo de soberanía, lo que mantendrá aún vigente el recurso a la guerra para respaldar decididamente políticas de supervivencia civilizada.

Por otra parte, cabe considerar que fue la propia intensificación de los objetivos políticos ideológicos contrapuestos, lo que llevó a la monstruosa deformación profesional de los políticos de la guerra fría, quienes optaron por la indecisa disuasión nuclear en escalada y la consecuente guerra civil intrastatal, en vez de buscar la resolución del gran conflicto en abordable objetivos políticos interestatales, que habrían limitado naturalmente el poder de las armas, proporcionales al valor de tales objetivos políticos menores, facilitando el ponderado manejo político de tales instrumentos de fuerza.

Sin embargo, recurrieron a tan ilógica solución, que terminó a la postre con guerras

civiles entrampadas, que dieron origen a sendos Estados confrontacionales y, en el otro campo, exigió un esfuerzo económico-social finalmente insoportable para uno de los bandos, que no sólo tuvo que resignar su objetivo político-ideológico, sino también su gran designio geopolítico.

El Super-Estado dominante, por su parte, ha sido claro al minimizar el peligro de conflagración nuclear y reducir el alerta nuclear a posibles ataques de índole química o biológica, cumpliendo la fórmula clauswitziana de adecuar la capacidad destructiva de los ejércitos a las reales amenazas previsibles, vinculando todo el aparato militar al objetivo político establecido por la autoridad legítima, por cuanto la guerra es la continuación de la política, por otros medios.

Considerar que la cultura es una sola a nivel mundial, o que el mundo camina inevitablemente hacia ella, es una imprudencia que, por su peligrosidad, no puede justificarse, ni siquiera por ser formulada con buenas intenciones.

Por el contrario, es muy posible que las diferencias culturales, potenciadas por el poderoso sentido de pertenencia a una identidad común, sean las que -por su dificultad natural para asimilarse unas con otras, por los estrechos márgenes que otorga la elevada aceleración en que vive la Humanidad hoy en día- alimenten confrontaciones que se traduzcan en términos económicos, territoriales, migratorios o terroristas, en fenómenos incontrolables por el inoperante pacifismo que, por buscar la paz a toda costa, no trepida en hacerla inalcanzable.

En cuanto a la situación nuclear, es absurdo renunciar a los beneficios de un equilibrio de poder sensato, que articule adecuadamente los medios y fines. Sólo si la guerra, por la desproporción artificiosa de sus armas, deja de ser la continuación de la política por otros medios, es posible concebir

el colapso general de la especie humana en los términos de civilización actuales. Para que ello no ocurra, hay que entender que hay una estrecha interrelación entre política y guerra, la que debe respetarse en todo momento; así el "equipamiento militar" debe ser el necesario para satisfacer los objetivos políticos de guerra; todo exceso cae en el término "armamentismo", que no sólo es oneroso, sino inútil. Clausewitz se refería muy claramente a las relaciones entre política y guerra; aquélla tiene su lógica, ésta su gramática; reemplaza a la pluma por el sable, envía ejércitos y obuses en el papel de notas diplomáticas, pero sin dejar por ello de enviar notas. La gramática militar debe someterse a la lógica política; pero no se corrigen errores lógicos invocando reglas gramaticales.

En ese marco de equilibrio de poder sensato, los Estados, aunque de distinto nivel jerárquico, tendrán la capacidad política suficiente para impulsar al mejor ritmo posible, en un esquema económico globalizado, el progreso de su respectiva nación. De igual modo, con sus propios medios o con apoyo foráneo soberanamente solicitado, podrán controlar los conatos revolucionarios que comprometan la estabilidad propia, regional o mundial.

El gran mérito de Clausewitz ha sido establecer el carácter político de la guerra.

El carácter político de la guerra es hoy día mucho más evidente que en tiempos pasados, pues los objetivos estratégicos que materializan el objetivo político de guerra, van muchas veces más allá de la propia fuerza militar enemiga y se



Uso de armas nucleares, amenazas previsibles.

insertan inextricablemente en la realidad económica y social de la nación adversaria; de este modo, al determinar la forma de ejercer la violencia legítima, se debe estar completamente consciente de las repercusiones extra-militares de las operaciones de guerra.

Para ello, los conductores de tales operaciones deben tener cabal conocimiento de la realidad global, esto es, política, en la que ellas se desarrollan.

La debida comprensión de este carácter político de la guerra por parte del profesional de las armas y del político, acerca y hace congruente la conducción militar en el cumplimiento de su misión, con la meta prevista por el político al determinar el objetivo de guerra.

Todo ello apunta a que el militar y el político pertenecen a una misma cultura nacional y no es dable considerarlos aparte.

Por el contrario, el gran esfuerzo de Keegan ha sido convencer que el militar y el civil pertenecen a culturas diferentes.

Así como el feminismo está tratando de hacer prevalecer el concepto cultural de "género" (masculino-femenino), también el pacifismo busca imponer los géneros "militar-civil". Ambas tendencias se enmarcan en el "determinismo cultural" que plantea que no hay conceptos absolutos de orden natural o político, sino que lo verdaderamente importante en la dimensión humana es lo cultural, lo que señala que todos esos fenómenos sociales dependen de factores culturales, claramente modificables.

El intento pacifista de escindir la sociedad humana en dos géneros (civil-militar) esencialmente diferentes cuando no antagónicos, porque se caracterizarían, uno por la afición a la guerra y el otro por su aversión a ella, reacios por lo mismo a integrarse en la gran trama social, no es sino una alucinación fantasmagórica de quienes son incapaces de pensar objetivamente, tal vez por el temor reverencial al libre juego de las amplias potencialidades naturales de la persona humana -y de las sociedades que ha

logrado construir- entre las que se encuentra el recurso eventual a la violencia para resolver favorablemente desafíos a su supervivencia y a su libertad de elegir el nivel de calidad de vida que su propio desarrollo cultural le señala como irreductible.

Por último, cabe señalar otro gran mérito de Clausewitz: su método y estilo. Con altura de miras, se dedicó al estudio sistemático del fenómeno de la guerra, recurrió a la abstracción como herramienta fundamental y profundizó el tema con agudeza filosófica. Todo ello, con un estilo ponderado y con el sano propósito de ayudar a la voluntad esclarecida del estadista y reforzarle su comprensión de la acción ciega de fuerzas o circunstancias aciagas.

¡Cuán diferente es el método y estilo de Keegan!

Es comprensible que un autor exponente del pacifismo, busque una fórmula que aliente una expectativa cierta de eliminación de la guerra.

Lo que no corresponde, porque evidencia un bajo nivel del factor fundamental de su argumentación, la cultura, es que para posibilitar la aceptación de sus ideas, ataque a un personaje histórico que ocupa un alto sitio en el campo académico donde se ventilan estos temas, recurriendo a descalificaciones más bien personales que conceptuales y, en este último orden, rebaja su propia imagen, tanto más cuanto revela, de los planteamientos que intenta rebatir, una notoria incompreensión.

BIBLIOGRAFIA

- John Keegan: "A history of Warfare". Vintage Books Canada. 1994.
- Carl von Clausewitz. "De la Guerra". Cóndor. Lima. 1948.
- Raymond Aron. "Pensar la Guerra. Clausewitz". Publicaciones Navales. B.Aires. 1987.

